

Filosofía de la tecnología y democracia por Andrew Feenberg como emergente de la teoría crítica de Herbert Marcuse para el siglo XXI

Andrew Feenberg's philosophy of technology and democracy as an emergence from Herbert Marcuse's critical theory for the XXI Century

Natalia Fischetti  *

Presentamos a Andrew Feenberg, quien abre para el siglo XXI, en el marco de la democracia, la propuesta marcuseana de pensar en un vínculo inseparable la ciencia, la tecnología y la política. Feenberg ha tomado la posta del trabajo de Marcuse acerca de la conjunción de la ciencia y la política, de la tecnología y la ideología. Este pensador norteamericano considera que la filosofía de la tecnología marcuseana constituye una sociología radical de la tecnología que permite acercar la brecha entre las teorías esencialistas y abstractas como la de Heidegger y los frecuentemente acríticos estudios sociales de la ciencia. En esta corriente de la teoría crítica de la tecnología se instala para pensar un nexo, utópico pero posible, entre la democracia y la tecnología en un aporte a la búsqueda de la democratización del desarrollo tecnológico que priorice su dimensión política por sobre su dimensión ontológica, y a la búsqueda de una transformación radical de la tecnología que apunte hacia sociedades más justas.

79

Palabras clave: teoría crítica, tecnología, política, democracia

This article presents Andrew Feenberg, who outlined -for the XXI Century- Herbert Marcuse's proposal of considering the inseparable link between science, technology and politics under the framework of democracy. Feenberg has continued Marcuse's work on the bond between science and politics and between technology and ideology. This American thinker asserts that the Marcusean philosophy of technology constitutes a radical sociology of technology that allows us to narrow the gap between essentialist and abstract theories such as Heidegger's and the frequently uncritical social studies of science. He postulates a connection -utopic, but possible- between democracy and technology, making an important contribution to the search for the democratization of the technological development that prioritizes its political dimension over its ontological one, and the pursuit of a radical transformation of technological goals towards fairer societies.

Key words: critical theory, technology, politics, democracy

* Becaria posdoctoral en Incihusa CCT- CONICET, Mendoza, Argentina. Correo electrónico: nfischetti@mendoza-conicet.gob.ar.

Presentación

Andrew Feenberg fue alumno de Herbert Marcuse en la Universidad de California, San Diego, Estados Unidos, y se especializa en filosofía de la tecnología con la impronta de la teoría crítica, haciendo hincapié en la posibilidad de transformación democrática de la tecnología. Feenberg considera que tanto la tecnología como la política determinan lo que somos y lo que seremos y que es tiempo de que nos hagamos cargo mayoritariamente de las decisiones acerca de los diseños tecnológicos desde una profunda participación democrática.

Su propuesta supone seguir la teoría crítica de la tecnología en la línea de Herbert Marcuse y tomar algunas perspectivas de lo que llama sustantivismo (*substantivism*) en las obras de Martin Heidegger y de Jürgen Habermas, para combinarlos con una lectura de los estudios sociales acerca de la tecnología que hacen foco en análisis de casos empíricos. Feenberg es uno de los herederos de la filosofía marcuseana en la vertiente de una epistemología crítica porque recupera, sobre todo, su teoría crítica de la tecnología desde lo que llamamos hoy filosofía de la técnica o filosofía de la tecnología. Si bien piensa que Marcuse no desarrolló sus conceptos en un nivel sociológico concreto, reconoce que sus interpretaciones de la racionalidad tecnológica pueden ser aplicadas al contexto social. De hecho, dice, el constructivismo social, la teoría del actor-red y el estudio de sistemas técnicos de larga escala han desarrollado conceptos que ya habían sido anticipados por Marcuse o fácilmente derivables de su teoría. Feenberg arriesga entonces que la propuesta marcuseana está a la base de lo que llama una sociología radical de la tecnología (Feenberg, 2005: 103). Lo que implica que la obra de Marcuse nos permite, aún hoy, obtener importantes conclusiones sobre el fenómeno de la tecnología. El propio Feenberg propone el concepto de “código técnico” para explicar el concepto de “racionalidad tecnológica” del alemán en un contexto social concreto.

80

Marcuse quiere reconciliar la tecnología con la vida, pero Feenberg se pregunta si el valor de la vida puede ser reconciliado con la acción técnica. La idea es no violar la naturaleza y desarrollar diseños tecnológicos que afirmen la vida. El problema es cómo cambiará la tecnología, en respuesta a qué criterios de desarrollo, en servicio de qué valores. El mundo de los negocios tiene una respuesta, dice, y el movimiento para la justicia global otro. Desde el punto de vista de Marcuse, el criterio de afirmación de la vida distingue sus respuestas.

1. Contra la neutralidad de la tecnología

La preocupación de Feenberg (*Questioning Technology*, 1999) es cómo extender la democracia a la esfera de la técnica, más allá de tecnófobos y tecnófilos. Critica lo que denomina esencialismo heideggeriano, sobre todo porque si la tecnología es una fuerza separada de la sociedad no podemos pensar en democratizarla. En cambio, si consideramos que es la mediación más importante de nuestras sociedades modernas, que atraviesa toda nuestra cultura en todos sus niveles, que nos atraviesa, la comprensión de la tecnología queda ligada a la posibilidad de la democracia y viceversa.

De este modo, Feenberg se enfrenta a la concepción esencialista de la tecnología de Heidegger, que nos deja inermes frente a su esencia inmodificable, al mismo tiempo que apuesta a que la democracia ponga en cuestión, desafíe la autonomía de la tecnología. Si retoma Feenberg la crítica del esencialismo es con vistas a intervenir, transformar, a reformar la tecnología para mejorar la vida democrática. Al mismo tiempo la democratización profunda de la tecnología es la principal apuesta de Feenberg. Como afirma Diego Parente (2010), la propuesta de Feenberg de democratización de los diseños que permita controlar los impactos de la tecnología se engarza con un movimiento contrahegemónico a partir de lo que llama “micro-resistencias situadas”, en la línea política marcuseana. Ejemplo de ello son los movimientos ecologistas.

Sin embargo, esta interpretación en términos políticos de la tecnología no supone volver a pensarla como neutral, al servicio de este o aquel interés, porque la neutralidad remite a la indiferencia de un medio específico para el conjunto de posibles fines a los que puede servir. Habría tres opciones: la indiferencia con respecto a los fines humanos en general, la neutralidad con respecto a todos los fines que pueden ser técnicamente servidos. Para Feenberg, y ésta sería la tercera posibilidad, la tecnología no es neutral porque favorece unos fines específicos y obstruye otros. Propone por ello la democratización de la tecnología, que supone sobre todo realizar una alianza técnica de carácter democrático que tenga en cuenta los efectos destructivos de la tecnología sobre el medio ambiente. Esta posición cobra importancia si pensamos que el capitalismo actual es el primer sistema social que reprime desde la tecnología (no desde la religión, ni desde la violencia) y el primero en tratarla como esencialmente neutral. El capitalismo tecnológico se presenta como “neutral” y en este sentido es que la tecnología es hoy más que nunca intrínsecamente política.

81

En el texto dedicado al vínculo entre Heidegger y Marcuse a propósito de la tecnología, Feenberg profundiza en el problema de la neutralidad al preguntar qué ha pasado para desconectar la tecnología del valor en los tiempos modernos. En la modernidad, la tecnología o tecnociencia es diferente a la *technê* griega porque creamos (no descubrimos) el sentido y el propósito de las cosas, buscamos conquistar el mundo, preguntamos: ¿cómo funciona?, se pretende puramente instrumental, es “neutral”, entendemos el mundo mecánicamente y no teleológicamente, lo que refleja la crisis de la civilización: sabemos cómo llegar pero no sabemos adónde vamos. Por las implicancias de todo esto es que para Feenberg hoy la filosofía de la tecnología constituye la crítica de la modernidad.

Desde esta afirmación retoma la obra marcuseana también como “filosofía de la tecnología”, aunque afirma que el concepto de racionalidad tecnológica en Marcuse es oscuro, ya que aparece con distintos sentidos en su obra (Feenberg, 2005: 99). Nosotros argumentamos que la categoría no es oscura sino dialéctica y que es posible reconstruirla desde una visión crítica de la tecnología (Fischetti, 2011 y 2012). Feenberg resuelve el problema poniendo el énfasis en los conceptos abstractos en un contexto social concreto. Entonces la racionalidad tecnológica no se asemeja al concepto de eficiencia, sino que tiene un contenido en un entramado social. Desde el enfoque marcuseano, recupera la idea de que la tecnología moderna tiene que ser

rediseñada por la “imaginación productiva” que priorice la afirmación de la vida. Sigue en esta posición utópica a Marcuse, quien se mantuvo fiel a la esperanza de la primera Escuela de Frankfurt (Max Horkheimer y Theodor Adorno) de reconstituir un concepto más rico de razón que incorporara al mismo tiempo los valores y la ciencia, redimiendo a la tecnología en su posibilidad de servir a las necesidades humanas.

Feenberg busca reconstruir la tensión entre esencialismo y constructivismo desde una teoría crítica de la tecnología apoyada en la tesis de que es posible intervenir, redefinir y democratizar el desarrollo tecnológico. La dimensión política cobra relevancia frente a la dimensión ontológica, abriendo la posibilidad del agenciamiento humano de los artefactos técnicos. Tal como señala Parente (2010), Feenberg critica al esencialismo por tener una noción muy abstracta de la acción técnica, por tratar como contingentes todas las dimensiones sociales de la técnica y por enfocar unidimensionalmente la técnica, la tecnología y los artefactos. En el otro extremo se encuentran los estudios sociales de la tecnología, entre los que se destaca el constructivismo, que no parten de una teoría de la modernidad, no conciben una historia de la técnica guiada por el progreso y no piensan que la tecnología tenga una lógica interna sino que es vista sólo como un producto social. El problema es que suelen abandonar una posición ética y política al respecto de la tecnología. Feenberg pretende conciliar ambas posiciones, esencialismo y constructivismo, en un “constructivismo hermenéutico”, que permita pensar la tecnología, compuesta por factores técnicos y sociales y desde las perspectivas empíricas y teóricas, de las ciencias sociales y de las humanidades respectivamente. Los filósofos sustantivistas, dice, se han centrado en la pregunta hermenéutica por el significado de la tecnología, pregunta nodal de la filosofía de la tecnología, en auge en el presente de las reflexiones. El constructivismo, por su parte, se ha abocado a las preguntas por quién hace la tecnología, de qué modos y con qué objetivos. Feenberg se propone hacer confluir las dos posiciones, la de la problemática de la esencia de la tecnología con la problemática social.

82

La corriente acerca de la tecnología que llama esencialista tiene como representantes a Heidegger y también a Habermas porque considera que su visión de la técnica es abstracta y entonces realizan interpretaciones conceptuales trans-históricas de fenómenos históricos específicos. Para Heidegger en lo que llama la “historia del ser”, la moderna “revelación” está sesgada por una tendencia a tomar cada objeto como una materia prima potencial para la acción técnica y, por ende, los objetos entran en nuestra experiencia sólo en la medida en que nos fijamos en su utilidad dentro del sistema tecnológico. Pero hoy la tecnología es algo mucho más complejo que esta simple referencia a la eficiencia.

Si la tecnología es autónoma, si tiene una lógica interna propia, puede interpretarse como sólo reduciéndose a la eficiencia y funcionalidad de las cosas y las prácticas tecnológicas escapan a todo sentido humano. La tecnología devora a sus creadores en esta separación entre técnica y sentido que para Feenberg se torna en una posición políticamente reaccionaria. Es por esto que busca, más que poner límites a la esfera técnica, intentar ampliar el sentido humano del avance tecnológico para mejorar y ensanchar la vida.

En *Questioning Technology*, Feenberg afirma que la posición esencialista de la tecnología se vincula directamente con las escisiones entre la cultura humanística y la cultura técnica tradicionales, separaciones obsoletas para el presente de la ciencia y la tecnología. La división del trabajo en la academia repercute en una escisión de lo social que también tiene repercusiones políticas. Ambos modos reducen la tecnología a la eficiencia, los humanistas criticando sus consecuencias y los técnicos ignorándolas. (Feenberg, 1999: 3).

La historia de la tecnología supera esta presunta ruptura mostrando cómo, aunque las disciplinas técnicas no se ocupen del sentido de los significados en el mundo de la vida para los actores subordinados, ellos se incorporan en los diseños tecnológicos. Es decir que la dimensión de la experiencia de los actores con relación a los artefactos se incluye eventualmente en el diseño de los mismos, fenómeno que documentan los historiadores sociales de la ciencia.

2. Tecnología y política

Si bien está claro para Feenberg, siguiendo en esto a Marcuse, que la racionalidad tecnológica incorpora la dominación en su misma estructura, es decir que las técnicas y los diseños son orientados por un orden hegemónico, esto los ubica en una tercera posición con respecto a la crítica radical de los sustantivistas y a la posición acrítica de las corrientes constructivistas. Porque Marcuse se corre de una posición tecnófoba al señalar la posibilidad en el futuro de un cambio estructural de la racionalidad tecnológica, que dé respuestas a las necesidades humanas en armonía con la naturaleza. Este acuerdo supone reconocer las potencialidades legítimas inherentes a la naturaleza. Ese reconocimiento debe ser incorporado dentro de la misma estructura de la racionalidad tecnológica, cambiando su estructura epocal y los diseños que derivan de ella.

83

Feenberg llama a esta disponibilidad de la tecnología para desarrollos alternativos con consecuencias sociales diferentes, su “ambivalencia”. Lo que se pone en juego con la ambivalencia de la tecnología es todo el rango de efectos que ella produce. Como todos sus efectos son relevantes a la hora de decidir por opciones técnicas, se comprende que estas decisiones suelen ser de índole política, de ideología política. Para Feenberg, Marcuse piensa que la tecnología es ideológica cuando apuesta por un sistema de dominación.

Feenberg opina que esta posición de Marcuse es “ambigua”, “ambivalente” (Feenberg, 1999: 153), pero nosotros la señalamos nuevamente como dialéctica, real de facto pero también posible de ser transformada. Afirma que esta idea de una transformación política de la ciencia tiene pocos adeptos y un amplio descrédito porque supone comprender que en todas las instituciones técnicamente mediadas se establece una relación unidireccional entre causa y efecto, reproduciendo las divisiones entre los dominadores y los dominados. Se reproduce el dominio de pocos sobre muchos desde la configuración instrumental de la tecnología.

Dice Feenberg que para Marcuse la tecnología no es sólo instrumental, en el sentido básico de que responde a fines elegidos independientemente de ella, sino que constituye un modo de vida. Las tecnologías no son autónomas porque son formas de poder funcionales a específicos modelos de dominación sociales. De este modo se comprende que la tecnología está relacionada con la organización social, sin tener una esencia singular. Al ser socialmente contingente, puede ser por lo mismo reconstruida para jugar diferentes roles en diferentes sistemas sociales.

La racionalidad tecnológica es una racionalidad histórica. Los principios técnicos se incorporan en disciplinas técnicas concretas que diseñan aplicaciones a partir de imperativos sociales. Está en la naturaleza de la racionalidad tecnológica, hace notar Feenberg, este engarce entre lo social y lo técnico:

“Una interpretación plausible de lo que Marcuse quiere decir con su término racionalidad tecnológica sería los imperativos sociales más fundamentales en la forma en la cual ellos son internalizados por la cultura tecnológica. Esto es lo que, en un marco constructivista, yo he llamado el “código técnico”. Tan fundamental imperativo o código ata a la tecnología no sólo a una experiencia local particular sino a características consistentes de formaciones sociales básicas como sociedad de clases, capitalismo y socialismo. Ellos son incorporados en los sistemas técnicos que emergen de esa cultura y reafirman sus valores básicos. En este sentido, la tecnología es política sin mistificación o riesgo de confusión” (Feenberg, 1999: 162).¹

84

El poder tecnológico se constituye de esta manera en la principal forma de poder social. La administración tecnocrática, o tecnocracia, es la extensión del sistema de la técnica a la sociedad en su conjunto. Al sujetar a los seres humanos al control técnico, a costa de los modos tradicionales de vida y restringiendo severamente la participación en el diseño, la tecnocracia perpetúa de modos racionales las estructuras de poder elitistas heredadas del pasado. La tecnocracia no expone su base valorativa específica, no evidencia su ideología, sino que se apoya espontáneamente en el consenso sobre las organizaciones modernas. Se enmascara detrás de la fachada de la racionalidad tecnológica pura y neutra. Aunque se discuta en torno a ese consenso, el marco técnico subyacente queda intocado, protegido de todo cambio. En el proceso mutila no sólo a los seres humanos y a la naturaleza, sino también a la tecnología. Una estructura de poder diferente permitiría una innovación hacia una tecnología diferente, con diversas consecuencias.

El paradigma de la administración técnica atraviesa todas las instituciones y grupos sociales. Los expertos legitiman el poder en las sociedades, y la “ciudadanía” consiste en el reconocimiento de sus demandas y la actuación consciente en roles subordinados. Se debilita la esfera pública en el silencio instituido mientras la comunicación unidireccional reemplaza al diálogo y el debate a través de la sociedad.

1. La traducción es propia (N. de la A.).

La debilidad resultante de las intervenciones democráticas en la tecnología es sintomática. El problema fundamental de la democracia hoy es el siguiente para Feenberg: la supervivencia de la agencia en este universo expandidamente tecnocrático, tal como se desprende de la teoría de la unidimensionalidad marcuseana (Marcuse, 1969).

Frente a la tecnocracia, Feenberg propone una teoría de la instrumentalización. En ella, las llamadas “instrumentalizaciones primarias” son las bases técnicas de la relación sujeto-objeto, los códigos técnicos específicos que constituyen una historia de la racionalidad tecnológica. Todo lo que de los artefactos técnicos se deriva, como las formas estéticas, el trabajo en grupo o el diseño, la administración y la vida laboral constituyen las “instrumentalizaciones secundarias”. De este modo se explica que los cambios cuantitativos en la producción redunden en modificaciones cualitativas de las instrumentalizaciones secundarias, que se constituyen en parte esencial de la tecnología. El código técnico, así como sus implicaciones en el ámbito laboral, son la esencia de la tecnología que resulta de la sumatoria de las determinaciones, que por su riqueza y complejidad son modificables.

En la teoría de la instrumentalización tiene lugar lo que Feenberg llama el “código técnico”, que es la realización de un interés bajo la forma de una solución técnica coherente a un problema. Una categoría que lo acompaña es la de “autonomía operativa” que evidencia la libertad del propietario para tomar decisiones independientes acerca de cómo manejar los negocios de la organización, sin tomar en cuenta los puntos de vista o los intereses de los actores subordinados y del entorno comunitario: “La autonomía operativa del gerenciamiento y la administración los posiciona en una relación técnica con el mundo, a resguardo de las consecuencias de sus propias acciones. Asimismo, les permite reproducir las condiciones de su propia supremacía en cada iteración de las tecnologías que comandan” (Feenberg, 2005: 7).

85

3. Tecnología y democracia

Ante este diagnóstico, Feenberg apuesta a una democratización de la tecnología. Retoma para ello a Karl Marx, para quien la superación del capitalismo supone la democratización de los sistemas técnicos, tomados bajo el control de los trabajadores, lo que posibilitaría una modificación de los imperativos tecnológicos hacia un desarrollo diferente. Aunque frente al fracaso de la utopía de una transformación total, posterior al mayo del 68, adhiere a la propuesta de micropolíticas situadas. Apuesta a que las tensiones del sistema industrial pueden ser capturadas localmente desde adentro, por individuos inmediatamente comprometidos en actividades mediadas técnicamente y capaces de actualizar potencialidades ambivalentes suprimidas por la racionalidad tecnológica prevaleciente. Llama a esto “racionalización democrática”, que comienza por las consecuencias de la tecnología en sí misma, desde los modos en que ella moviliza la población alrededor de las mediaciones técnicas (Feenberg, 1999: 105). Esta nueva política tecnológica devuelve la agencia a todos los sujetos involucrados. Si todos somos actores de la tecnología en todos sus niveles e implicaciones, en sus políticas, entonces desde ahí

se sostiene la posibilidad de una democratización de la tecnología, que se producirá desde nuevos tipos de consulta popular.

En esta teoría de la racionalización democrática es Feenberg heredero de la Escuela de Frankfurt, con la impronta de un nuevo énfasis en la agencia en la esfera técnica. La propuesta sería que la modificación del sistema tecnológico desde adentro, desde sus fisuras inmanentes, podría producir un cambio en la estructura de la racionalidad, de la lógica que lo fundamenta, modificando la estructura de poder de las sociedades por ella atravesadas. El concepto de racionalización democrática permitiría ligar las posiciones opuestas de las teorías esencialistas con los estudios culturales de la tecnología porque, desde la propuesta de Feenberg, el destino de la democracia está ligado a nuestra comprensión de la tecnología en un nexo vital entre ambas.

Los debates suscitados a partir de las tecnologías y sus aplicaciones echan luz sobre esta posibilidad. En esos debates democráticos se encuentra para Feenberg la semilla de la transformación de la racionalidad tecnológica que sobrepase la lectura heideggeriana de la reducción a materia prima del medioambiente natural, humano y social. Para ello es preciso redefinir socialmente un mejor modo de vida, un nuevo ideal viable. Democracia y tecnología se aúnan en la utopía de Feenberg. *Questioning Technology*, que termina con esta frase: “En ese futuro, la tecnología no es un destino que debemos elegir a favor o en contra, sino un desafío a la creatividad política y social” (Feenberg, 1999: 225).

86

Marcuse ha dicho en *El hombre unidimensional*, citando para ello a Gilbert Simondon, que es momento de que definamos políticamente el *telos* de la ciencia y la tecnología:

“Pero este desarrollo enfrenta a la ciencia con la desagradable tarea de hacerse política: de reconocer la conciencia científica como conciencia política y la empresa científica como empresa política. Porque la transformación de valores en necesidades, de causas finales en posibilidades técnicas es una nueva etapa en la conquista de las fuerzas opresivas, no dominadas, tanto en la sociedad como en la naturaleza. Es un acto de liberación: ‘El hombre se libera de su situación de estar sometido por la finalidad del todo, aprendiendo a crear la finalidad, a organizar una totalidad como fines que él juzga y aprecia’... ‘El hombre supera la servidumbre organizando conscientemente la finalidad.’ (Gilbert Simondon, *Du Mode d’existence des objects techniques* (París: Aubier, 1958, p. 103)” (Marcuse, 1969: 248).

Cabe preguntarnos hoy: ¿qué tecnología para qué finalidades? ¿Cómo producir un entrecruzamiento de la tecnología con una política democrática? ¿Qué tecnología para qué democracia? ¿Qué tipo de democracia para qué tipo de tecnología? ¿Cómo sostener una propuesta utópica, una idea reguladora que genere movimientos en el ámbito de la praxis sin diluir la crítica de las ideologías en los términos fuertes planteados por la teoría crítica de Marcuse?

Bibliografía

FEENBERG, A. (1999): *Questioning Technology*, New York, Routledge.

FEENBERG, A. (2005): *Heidegger and Marcuse: The Catastrophe and Redemption of History*, New York, Routledge.

FEENBERG, A. (2005): “Teoría crítica de la tecnología”, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad- CTS*, vol. 2, n° 5, pp. 109-123.

FISCHETTI, N. (2013): “Un caleidoscopio-gran ola. Dialéctica de la racionalidad tecnológica en la obra de Herbert Marcuse”, *Revista Estudios. Filosofía práctica e historia de las ideas*, año 13, n° 14. Mendoza.

FISCHETTI, N. (2011): “Técnica, tecnología, tecnocracia. Teoría crítica de la racionalidad tecnológica como fundamento de las sociedades del siglo XX”, *Dossier Derivas de la tecnología. Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad-CTS*, vol. 7, n° 19. ISSN 1850-0013

GARCIA DE LA HUERTA, M. (2007): “Relectura ‘política’ de la cuestión de la técnica”, en E. Sabrovsky (coord.): *La técnica en Heidegger*, tomo 2, Santiago de Chile, Diego Portales.

HABERMAS, J. (1984) [1968]: *Ciencia y técnica como “ideología”*, Madrid, Tecnos.

87

HEIDEGGER, M. (1985) [1953]: “La pregunta por la técnica”, *Época de la filosofía*, Barcelona, pp. 7-29.

KELLNER, D. (1984): *Herbert Marcuse and the Crisis of Marxism*, California, University of California Press.

MARCUSE, H. (1969): *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la Ideología de la Sociedad Industrial Avanzada*, México, Joaquín Mortiz.

MARCUSE, H. (1986a) [1959]: *Ensayos sobre política y cultura*, Barcelona, Planeta Agostini.

MARCUSE, H. (1986b) [1967]: *El final de la utopía*, Barcelona, Planeta Agostini. Trad. Manuel Sacristán.

MARCUSE, H. [1962]: “Acerca del problema de la ideología en la sociedad industrial altamente desarrollada”, en K. Lenk (2000): *El concepto de ideología*, Buenos Aires, Amorrortu.

PARENTE, D. (2010): “La tecnología como expresión material de la conflictividad social. Sobre la filosofía de Andrew Feenberg”, en R. Conti y H. Solari (comp.): *Violencia y conflicto en el pensamiento contemporáneo*, Buenos Aires, Las cuarenta.

SHAPIRO, J. (1974): “La dialéctica de la teoría y la práctica en la era de la racionalidad tecnológica: Herbert Marcuse y Jürgen Habermas”, en *B. Ollman y otros: Marx, Reich y Marcuse*, Buenos Aires, Paidós.

ZIMMERMAN, M. (2007): “Esteticismo ontológico: Heidegger, Jünger y el nacionalsocialismo”, en E. Sabrovsky (coord.): *La técnica en Heidegger*, Tomo 2, Santiago de Chile, Diego Portales.